

NÚMERO SUELTO
5 CÉNTIMOS**EL CHISTOSO.**NÚMERO SUELTO
5 CÉNTIMOS

PERIÓDICO QUINCENAL, LITERARIO Y FESTIVO

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid: trimestre....	50 céntimos.
Id. semestre.....	90 id.
Provincia: trimestre..	75 id.
Id. semestre..	1.25 id.

ADMINISTRACION

SOMBRETERE, 4, PRINCIPAL DERECHA.

REDACCION

Tres peces, 8 bajo.

Toda la correspondencia debe dirigirse al Director.

Publicaremos lo que se nos remita y á juicio del Director lo merezca.

No se devuelven los originales.

VIVA LA PRENSA.

Los Redactores de EL CHISTOSO saludan á todos sus compañeros en la prensa de Madrid y Provincias y al público en general, deseándoles á todos tanta salud y pesetas como para ellos mismos.

MADRID LLUVIOSO.

Indudablemente, el paraguas está en una decadencia espantosa.

Muy pronto lo hemos de ver reemplazado por el impermeable de capuchon. A la vuelta de un par de años ninguna persona gastará paraguas, exceptuando á los aguadores, que lo usarán por absoluta necesidad que tienen de él, cuando llueve, para que no se les moje la cuba.

En los últimos días, en que las lluvias han humedecido Madrid, se ha visto por sus calles infinidad de caballeros y hasta señoras cubiertas de piés á cabeza con impermeable de capuchon.

Habia algunas calles que enteramente parecian claustros.

Por la de Alcalá iba una señora, á quien acompañaba un niño, que al ver pasar por su lado dos caballeros con impermeable de capuchon, preguntó: ¿Di, mamá, esos hombres son frailes? A lo que la señora contestó: no, hijo mio, son empleados del ministerio de Fomento.

Afortunadamente, el día en que el paraguas desaparezca, será una gran ventaja para todas las personas que nuestros escasos recursos nos impiden gastarlo, porque los días lluviosos en que sale uno á la calle, vá muy expuesto á que le vacien uno ó ambos ojos, sobre todo si se tiene la desgracia de tropezar con miopes armados con paraguas.

Por mi parte, confieso que tendré un gran placer el día que los paraguas se abolieran por completo. Los tengo un odio espantoso, y esto proviene de los muchos disgustos que me han ocasionado, algunos de ellos mayusculos. Recuerdo una tarde que estaba lloviendo á mares, y me vino á visitar un matrimonio, natural de Lugo: como buenos gallegos, se

traian un paraguas, que muy bien hubiera podido cubrir una caravana. Como el recibimiento estaba oscuro á causa del día, depositaron á tientas el paraguas (que parecia una regadera) en el sitio que les pareció más conveniente para que escurriera. Cuando ya de noche decidieron marcharse, y yo los acompañaba con una luz hasta la puerta, vi que el paraguas había estado escurriendo dentro de un sombrero de copa que me habia prestado un amigo para asistir á una reunion, cuyo sombrero habia yo depositado sobre una silla, y sin duda se habia caido al suelo, quedando en muy buena posición para que aquel paraguas mónstruo se desahogase.

Tambien hay personas que, bien por olvido, ó bien por espíritu de compañerismo, no tienen la precaucion de dejar escurrir el paraguas, y penetran regando las habitaciones, cuando se marchan han dejado la casa lo mismo que las afueras de Madrid. A estas personas hay que tenerlas como verdaderos propagadores del reuma.

Entre otros inconvenientes, el uso del impermeable tiene el de la confusion que resultará entre dos caballeros que se retiren tranquilamente á su casa, cubiertos con impermeables, y una pareja del cuerpo de orden público (sobre todo en las noches oscuras).

Hasta ahora á estos individuos era á quienes estaba reservado el uso del capuchon en los días de lluvia, y además son los encargados de plantárselo al que por la menor cosa se deslice, sea ó no día lluvioso.

Aunque el impermeable es una prenda solo para ricos, por su alto precio, si se llegase á generalizar, así como se venden á dos pesetas paraguas que lo mismo se moja uno yendo encima que yendo debajo de él, habria tambien impermeables de lance, y en los días de lluvia llegarían á vender en la Puerta del Sol impermeables de papel de hule. Esta prenda, entre otras cosas, resulta un disfraz muy económico para los días carnalescos, por que moorando una careta, está el traje completo.

Y si, no, ya verán ustedes cuántos hemos de ver el próximo Carnaval.

MIGUEL PEREZ-URRIA.

DE LOS BARRIOS BAJOS.

(DIÁLOGO.)

Sabes lo que te digo,
que andes con *pesqui*, Nicasia,
porque tú te has *figurao*
que vengo yo de la Habana,
ó crees que no *chanelo*
y estás muy *desquirocada*,
que anoche te he *diquelao*
á la puerta de la Frábica
de *plática* con el *Mona*,
y no sus armé una *zambra*
porque iba desprevenido,
que si llevo la navaja,
por la *sabi* de mi madre
que allí le mato ó me mata,
porque mira que al tal *Mona*
le voy pillando unas ganas,
que en cuanto que le eche el ojo
le doy un *caste* en las *napias*.
—Como que no hay más que dar,
—*Pus* nada más

—El tío Daba.

—Ya sabe él que la otra noche
por poco le doy dos *guarras*
estando jugando al tute
en la taberna del Raspa;
pues no me empezó á decir
porque perdió tres *beatas*,
si sería *guasa viva*,
que le estaba haciendo trampas;
te digo que si me dejan
le doy un viaje.—*De ganas*.
—Y á ti también si me chillas,
y á todo el que por ti salga,
ya sabes tú que este *menda*
de ningun *chulo* se *achanta*.
En fin, le dices al *Mona*
que te ha dicho el *Mata-Ranas*
que en cuanto que le eche el ojo
le va á *señalar* la cara.
—*Pus miale* por dónde viene,
á ver si se la *señalas*.
—Lo que hago es que me las *piro*
porque traigo la navaja,
y yo me *quemo* enseguida
y.... vamos, no tengo ganas
de salir en los *Sucesos*
por una chula....

—Ay qué gracia.

—Con que chica, *de verano*;—Que te alivies, *Mata-Ranas*.

ANTONIO BARCO.

CUENTO.

Mi amigo Joaquin se hallaba
tan mal de dinero un día,
Que casi ya no atinaba,
Por mucho que lo buscaba,
Cómo de apuros saldría.
Queriendo sin dilacion
Salir de su situacion,
Mil pensamientos diversos
Tuvo en la imaginacion,

Mas todos fueron perversos.
Desesperado el bolonio
Gritó, perdiendo la calma:
¡Socorredme San Antonio,
Que quiero vender el alma
Si se presenta el demonio!
Esto dijo, y de repente
Vió aparecer en su mente
Como una fantasma negra,
Viendo en ella claramente
El retrato de su suegra.
Y cuentan que recibió
El infeliz, aquel día,
Tal susto, que no vendió,
Del gran miedo que le dió
El alma, como quería.

Desde entonces creo cierto,
Cuando lo pienso con calma,
Que nadie vende su alma
Hasta despues de estar muerto.

JOSÉ P. ADSUAR.

LOS CELOS.

La ciega coqueteria
ó una esperanza imprudente
de inflamar más fuertemente,
sirve á los celos de guía;
pero este medio, á fe mía
es opuesto á la razon;
deseche tal ilusion,
la que se precie de amar,
pues no hace más que ocultar
su virtud y su opinion.

RECETA.

Mujeres que sospechais
la fé de vuestros esposos,
y en combates enojosos
con esta pasion luchais,
si aquietaros deseais,
dejad pueriles recelos,
dirigid vuestros desvelos
á inspirarles confianza,
que es lo que más os afianza
á que nunca tengais celos.

J. GALLARDO.

SI TENDRÍA PICARDÍA.

I.

Era el labrador Anton,
por su trato franco y llano,
sencillote y bonachon,
el hombre más campechano
que había en todo Alcorcon.
Enfrente de Anton, vivía
su íntimo amigo Juan Trillo,
que por su gran picardía
era el labrador más pillo
que en todo Alarcon había.

II.

Cierta mañana que Anton mató un pequeño lechon, cuando ya se preparaba para hacer la particion con qué al médico pagaba, le dijo su amigo Juan, yo tengo inventado un plan para que te guardes todo sin temor al qué dirán —¿De veras?

—Sí

¿De qué modo.
Pues muy fácil; necesitas colgarlo ahora en la ventana, al amanecer lo quitas, lo escondes bien, y mañana muy desconsolado gritas: ¡que me han robado el lechon! todos se lo creerán, y no haces la particion.
—Buena idea, dijo Anton, verás qué bien lo hago, Juan.

III.

Cuando ya, al amanecer, de la siguiente mañana salió Anton á recoger el lechon de la ventana, se quedó inmóvil al ver que no se hallaba colgado como él lo había dejado.

Y la causa de esto era que antes de que Anton saliera Juan se lo había quitado; mas como Anton no previno que su amigo fué el ladrón, empezó á gritar: vecino que me han robado el lechon.

Juan, en el momento vino, y haciéndose el inocente, cada vez que Anton gritaba: «Me le han robado» exclamaba: —Lo imitas perfectamente, mejor que yo me esperaba; y Anton, ya desesperado, y cada vez con más ira, gritaba desconsolado, te juro que no es mentira, Juan, que si me lo han robado.

Peró este, en tono guason, y en tanto que se reía, con la mayor *sans facon*, por lo bajo le decía: qué bien lo imitas, Anton.

MIGUEL PEREZ-URRIA

MORELLA

I.

La afeccion que yo sentía hácia mi amiga Morella era rara y profunda.

La conocí por azar hace algunos años, y desde el momento en que la vi, mi alma ardió en un fuego que jamás había experimentado. Este fuego no era

indudablemente igual al que sintió Abelardo, y en verdad que la conviccion creciente que yo tenia de que nunca me seria posible definir su carácter insólito ni regularizar su intensidad errante, producía en mi espíritu un amargo tormento. No obstante, Morella y yo convinimos, y nuestros destinos fueron unidos al pié del altar. Jamás mis labios la dirigieron ni una palabra de amor, ni yo soñé nunca con semejante sentimiento; pero retirándose Morella completamente de todo trato social desde el dia en que nos casamos, y dedicándose solo á mí, consiguió hacerme dichoso.

La erudicion de Morella era profunda. Su talento no pertenecía á un órden secundario, y era tan gigantesco el poder de su espíritu, que en muchas ocasiones confieso que fui su escolástico.

Peró llegó un dia en que mi dicha empezó á sentirse infestada por el terror. Una espesa sombra descendía sobre mi alma y teñía mi rostro de una intensa palidez. El acento de Morella, cada vez más interreno, estremecía mi sér, desvanecía mi gozo con el espanto, y convertía en mi mente el ideal de lo bello en el de lo horroroso, á la manera que el valle de Hinnom se transformó en la Gehenne.

Peró, como dije, llegó un tiempo en que la misteriosa naturaleza de Morella empezó á oprimir mi alma con un encanto irresistible. El contacto de sus dedos pálidos me era ya insoportable, lo mismo que el timbre profundo de su acento musical y el melancólico brillo de sus ojos.

Ella comprendía bien los sentimientos repulsivos que me inspiraba, pero jamás sus lábios me dirigieron el menor reproche.

Parecia tener conciencia de mi debilidad ó locura, á que sonriendo llamaba siempre el *destino*.... y áun creo que conocía la causa, para mi extraña, que producía la alteracion gradual de mi cariño; pero nunca se permitió explicármela, ni hacer siquiera la más minima alusion sobre este punto.

Entre tanto, la salud de Morella se menoscababa diariamente de un modo notable. Una mancha purpúrea se habia fijado tenazmente en sus mejillas, y las azuladas venas de su pálida frente adquirieron al fin una prominencia alarmante. Mi corazón se sentía lleno de piedad al contemplarla en este estado; pero al observar el brillo de sus ojos, siempre cargados de extraños pensamientos, mi alma se turbaba por un vértigo terrible como si un lúgubre é inconsolable abismo se abriera á mis piés.

Deberé decir que hubo un dia en que mi corazón deseó con intensa y devorante ansiedad el momento de la muerte de Morella.

¡Es la verdad!...

Peró el frágil espíritu se enlazaba tenazmente á su morada de arcilla: y pasaron dias y semanas y meses tan cruelmente fastidiosos, que al fin mis nervios, torturados, triunfando sobre la razon, me arrebataron, hasta el extremo de enfurecerme por el retardo de su muerte y maldecir con un corazón de demonio los dias, las horas y hasta los minutos amargos, que parecian prolongarse sin cesar, á medida que la noble vida de mi esposa declinaba con la luz ante el imperio de la sombra.

Pero una tarde de otoño, en que el aire dormía inmóvil en las regiones celestes, Morella me llamó á su lecho. Un velo de bruma se extendía sobre la tierra, y un calor abrasador sobre las aguas del Océano. Al ver el esplendor de Octubre con su follaje de las selvas, diríase que un bello arco iris se habia desprendido del firmamento.

—¡Mira llegado el día de los días! me dijo. ¡El más bello de los días para vivir y para morir!... Este es, sin duda, un hermoso día para los hijos de la tierra y de la vida; pero más hermoso aún para los hijos del cielo y de la muerte.

Un impulso irresistible me obligó á besar la frente de Morella en aquel momento.

—¡Voy á morir, y, sin embargo, viviré!...

—¡Morella!...

—¡Aun no han llegado los días en que tú hubieras podido amarme, pero á la mujer que en vida has aborrecido, la adorarás en la muerte!

—¡Morella!...

—Repito que voy á morir.... Pero en mi seno existe una prenda de nuestro cariño.... ¡Cariño!... ¡Ah!... ¡Cuán débil ha sido el que tú has sentido por mí!... ¡Pero no importa! ¡Cuando mi espíritu haya partido, mi hija vivirá!... ¡Tu hija!... ¡La hija de mis entrañas!...

¡Sin embargo, tus días pasarán llenos de tristeza; pero de una tristeza más durable que todas las impresiones de tu alma, así como el ciprés es el más vivaz de todos los árboles! ¡Tus horas de felicidad han terminado ya; y con la felicidad no sucede lo que con las rosas de Paestum que brotan dos veces al año! ¡La alegría del alma no brota más que una vez en la vida! ¡Ya no jugarás con el tiempo como el hombre de Teos!... El mirto y la viña te serán desconocidos, y á donde quiera que vayas sobre la tierra, te sentirás envuelto en un sudario como el musulman de la Meca!...

—¡Morella!... ¡Morella!...

Pero Morella volvió su rostro hácia la almohada. Un ligero temblor recorrió sus miembros, y espiró sin pronunciar otra palabra.

EDGARD POÉ.

(Del libro *Aventuras Maravillosas*)

(Se continuará)

EL PRIMO

Con la hermosa Carolina
Casó mi amigo Facundo:
Ella es la chica más fina,
Más graciosa y más divina
Que podeis ver en el mundo.
Es Facundo confiado,
Franco, sencillio, modesto;
Es lo que en llamar se ha dado
Todo un buen hombre; dotado
De gran bondad, por supuesto!...
Tiene un primo, la mujer,
Jóven, guapo, decidido;
Y la gente dá en creer
Que el primo la suele ver...
¡Cuando no está su marido!
Vaya usted á averiguar

Si es ó no cierta la cosa!...

Y si el la va á visitar

¿Qué habrá de particular?...

¡La gente es tan maliciosa!...

Pero en los tiempos presentes,
La vil calumnia mordaz

En todos hinca sus dientes.

¡Señores, ni á los parientes

Se deja vivir en paz!...

Yo, que á creer me resisto

Lo que dicen de Facundo,

En la precision me he visto

De preguntarle á Calixto

Que habita el cuarto segundo:

—Que hay de esto?... Y él presuroso

Contestó:—Falso!... Injurioso!...

De probarlo no me eximo.

No entra en la casa más primo,

Créame usted, que el esposo!

JUAN ALEMANY.

CRITIQUILLAS.

El segundo grupo es una comedia en un acto y en prosa, estrenada hace pocas noches en el elegante teatro de Lara. La obra gustó, y sus autores el saleroso escritor festivo D. Luis Taboada, y el infatigable autor cómico D. Francisco Flores García, que ha presentado ya cinco ó seis obras en lo que vá de temporada, tuvieron la modestia de no presentarse en el palco escénico á recibir los aplausos que el público deseaba tributarles. Nuestros plácemes á los autores

**

También el Sr. Estremera ha presentado en el mismo teatro una nueva producción titulada *La reconquista*. Que la obra es bonita, que abunda en chistes de buena ley, y que el público la aplaudió, está evitado con decir quién era el autor.

En esta obra también alcanzó muchos aplausos el pintor Sr. Muriel.

**

A consecuencia de hallarse enfermo nuestro amigo y compañero el dibujante Sr. Barco, y no queriendo demorar por más tiempo esta publicación, hemos suprimido en el primer número un bonito dibujo que desde el segundo ó tercer número aparecerá en el título, si el Sr. Barco se halla restablecido dentro de pocos días, como deseamos.

**

No conocemos un niño más listo que Antolín.

Ayer le preguntaba el pasante del colegio:

—¿Con que se casa tu tia?

—Sí, señor.

—¿Y es jóven?

—Ya lo creo... aún no tiene dientes.

MADRID

IMPRENTA DE D. FRANCISCO NOZAL
CALLE DE JESÚS, NÚM. 3.